

UN PUEBLO DIVIDIDO SOLO POR LOS MAPAS

Por **Jeniffer Varela Rodríguez**

El Heraldo

Fotografías de

Cristian Mercado

LA FRONTERA COLOMBOVENEZOLANA significa todo para el pueblo guajiro y, al mismo tiempo, no significa nada. Para la mayoría de los pueblos cercanos, esta línea imaginaria es su forma de vida, el sustento de sus familias. También es un trazado que dividió su “gran nación indígena”, esa que existió mucho antes de que los actuales países se conformaran y se inventaran más reglas de las que ellos habían establecido.

Los wayús representan la etnia más grande del país, un veinte por ciento de todas las que ocupan el territorio nacional. Con frecuencia sus ciudades y municipios fronterizos son noticia por tensiones entre gobiernos, noticias sobre incautación de productos ilegales, secuestros y extorsiones. Pero sus habitantes piden que se les mire más allá de las cifras de contrabando y delincuencia. De acuerdo con reportes de la Policía de La Guajira, en 2012 se registraron 846 casos de incautación de contrabando (monto que supera los 14.000 millones de pesos) y de enero a agosto de 2013 la cifra asciende a 917 casos, que representan una suma de 7140 millones. Lo más común en las incautaciones es la gasolina, que “transita” en millonarias sumas a un lado y otro de la frontera en diferentes formas.

Para Weidler Guerra, antropólogo de esta etnia, director del Banco de la República de la Guajira y columnista del periódico *El Heraldo*, en las interacciones diarias de la frontera pueden encontrarse muchas respuestas que muestren a la región como hija de una cultura poblada primero por indígenas y luego separada en dos. Una tierra que siguen reclamando de lado y lado. O como explica Guerra: “Un solo pueblo con territorio ocupado por dos repúblicas arijunas [no indígenas]”. Y en medio de su ir y venir, se tratan como tal. Prueba de ello es la existencia de medios de comunicación binacionales (un periódico y una emisora) que pueden leerse y escucharse tanto en español como en wayunaiki.

Los wayús son un pueblo nómada que se extendió en busca de oportunidades. Algunos se quedaron en la alta Guajira, no conocen otras ciudades, ni hablan español. Otros, como Álvaro Iguarán, salieron a aprovechar las ventajas que les da

el mundo sin olvidarse de sus raíces.

Iguarán es un abogado directivo de Fimdecol, la Federación de Importadores de Cigarrillos y Licores de La Guajira, pero nació en Nazareth y vive según las costumbres wayús, aunque ahora tome notas en su iPad. Él, al igual que Guerra, sostiene que los sitios que hoy pertenecen a Colombia y Venezuela fueron primero parte de la Gran Nación Wayú, la tierra donde nació su raza. Por eso, dice, los indígenas no tienen que escoger un territorio para afincarse. Ambos les pertenecen.

Casi todos los wayús tienen doble nacionalidad y gracias a esta condición viajan sin necesidad de hacer trámites migratorios. Van a visitar a sus familiares, a comprar y vender alimentos, y vienen a Colombia a enterrar a sus muertos en sus famosos rituales funerarios, que incluyen celebraciones con comida y bebida, llantos rituales y dos entierros: uno realizado por los miembros de su comunidad y otro, por sus parientes.

Sin embargo, han sido estigmatizados como impulsores del contrabando, afirmación que es rápidamente desestimada por cualquiera de ellos, incluido Iguarán, quien explica que “para los wayús no es válida esa acusación. Es el intercambio económico que ellos han practicado por siglos, la manera de comercio que conocen y, por lo tanto, no la consideran ilegal”. No obstante estos inconvenientes, afirman que en Colombia existe más respeto por su etnia que en Venezuela, resultado de la Constitución del 91 que reconoció al país como un territorio multiétnico. Es un respeto que se ha convertido en una permisividad silenciosa: los indígenas aprovechan su condición para comprar más artículos en Venezuela, hacer más libre su mercado y regirse por sus propias reglas.

Maicao es el eje del comercio guajiro, de muchas de sus actividades de intercambio. Es un hervidero de negocios en medio de su apariencia inhóspita. De allí, los indígenas salen en la noche con destino a pueblos como Los Filuos o Paraguaipoa, o ciudades como Maracaibo. Según el relato de Iguarán, “van cargados con whisky, cigarrillos o tela”, llegan aproximadamente a las 5 am y entregan la mercancía a los residentes para que la vendan y compren algo que ellos puedan traer. Después del mediodía están de vuelta por unas trochas controladas por la Guardia Venezolana, que los deja pasar mediante soborno.

Es un ritual que se realiza en las calles del centro, cuando los indígenas comienzan a llenar los desvencijados buses de gente y de mercancías. Van y vienen y es normal ver camiones enteros descargando escobas, jabones, insecticidas, aunque estos productos no estén incluidos en la lista de incautación de la Policía que considera los alimentos como lo que más se contrabandea después de la gasolina.

La posibilidad de obtener oportunidades económicas, de estudio o trabajo en Venezuela no solo es aprovechada por los wayús. Con el tiempo, los habitantes de Maicao y los pueblos aledaños han hecho de los viajes un asunto de todos los días. Algunos van de compras, para aprovechar la debilidad de la moneda venezolana y el ahorro que trae consigo. Otros como Mercy, profesora de una escuela en Maicao, se valen de esa misma ventaja monetaria para cursar estudios que en Colombia cuestan una pequeña fortuna. Es la opción de educación superior

que tienen más cerca. La otra es Barranquilla, ubicada a dos horas más de camino que Maracaibo y cuyos altos costos no permiten comparación. Se trata de un título que les dará mejores oportunidades de trabajo en el país por una inversión mínima.

“La maestría que estoy haciendo [en gerencia educativa] cuesta unos siete millones de pesos por semestre en Barranquilla. Aquí en Maracaibo pago, al cambio, menos de un millón de pesos”, explica esta docente que además nos consiguió cupo junto a ella en un transporte conocido como “por puestos”.

A bordo de un carro modelo 85 conducido por Néstor, el viaje comienza a las 3:30 am, pues Mercy y otra maestra tienen el tiempo justo para llegar a su clase a las 7:40 am en la Urbe, Universidad Privada Dr. Rafael Bellosó Chacín. Los otros tres puestos son ocupados por esta periodista, su reportero gráfico y Elvira, una comerciante ocasional que vive en Maicao y va a buscar mercancía para vender al regreso.

Muchos aseguran que la frontera vive al margen de las disputas de los gobiernos de turno. Cuando hay un incidente diplomático, la vida en estos lugares sigue su curso. Iguarán relata que cuando las relaciones entre ambos países llegaron al punto en que Venezuela dio orden a los militares de estar alerta, estos se negaron. La mayoría tiene familia colombiana, esposas o hijos. Se consideran hermanos.

Quienes viajan deben llevar a la mano su pasaporte y sellarlo en los puestos de inmigración de cada lado. Están a menos de una cuadra de distancia, pero es evidente que son de dos países con maneras distintas de funcionar. La entidad colombiana tiene dispuesta una oficina con aire acondicionado, sillas y modernos lectores de huellas digitales. Sus homólogos venezolanos atienden a los usuarios detrás de una ventanilla polarizada mientras el calor consume a los de la fila. No hay sillas y el único muro para apoyarse es un altar con figuras religiosas: José Gregorio Hernández y el Sagrado Corazón reposan entre cientos de monedas y billetes ofrendados, y observan diminutos la prominente figura de Nuestra Señora de Atocha, venerada en pueblos del estado Carabobo.

Entre las razones para hacer el viaje tan temprano están las filas para poner los sellos en el pasaporte. Además de quienes viajamos por primera vez en esta modalidad, Elvira también debe bajar a sellar su documento.

Las profesoras no se bajaron a hacer el trámite y se dedicaron a cambiar su dinero por bolívares. Hacerlo es cuestión de un parpadeo, pues los puestos de cambio informal son el negocio más próspero de la frontera. Ellas se ahorran las filas y hasta las revisiones de los guardias porque obtuvieron la nacionalidad venezolana. En 2000 hicieron la solicitud y se demoraron menos de un año en tramitarla – cuando el tiempo promedio es de más de dos– al demostrar cinco años de residencia en el país. “Chávez agilizó todo porque necesitaba que los colombianos votaran por él”, sentencia Mercy.

No obstante su ciudadanía venezolana, Mercy y su compañera son colombianas en la universidad. La cédula de Venezuela les sirve para viajar sin contratiempos, pero la de Colombia les da paso a beneficios educativos, como descuentos en la matrícula y acceso a convenios especiales que las instituciones han suscrito desde años, especialmente la Universidad del Zulia. Aunque –pese a los convenios– los

títulos de pregrado deben homologarse en Colombia, los de posgrado no.

Luego de cruzar el puesto de control de frontera, se ingresa al estado Zulia. Su capital, Maracaibo, está a tres horas de camino. Una carretera destapada conduce al primer pueblo, Guarero. Seguidamente se llega a Los Filuos (donde se concentra una gran población wayú y hay un fuerte movimiento de compraventa de víveres) y Paraguaipoa. Allí comienzan a verse las entradas de las casas con pimpinas de gasolina para la venta que guardan sin temor cerca de cables o conexiones eléctricas. Los incendios por almacenamiento de combustible son comunes.

Un viaje de madrugada brinda la oportunidad de observar el amanecer. Para un reportero gráfico es todo un deleite, pero no para uno que vaya por tierra a Venezuela. Apenas mi compañero intenta sacar su cámara, los ocupantes del carro se alteran y le ruegan que no tome fotos ni deje que los guardias lo vean en los puestos de revisión (hay uno cada dos kilómetros).

“Los guardias de aquí son ignorantes y groseros. No les gustan los periodistas porque creen que los están espionando”, asegura Néstor. Esto significa tomar solo unas cuantas imágenes a escondidas.

Luego de Paraguaipoa está Sinamaica. Hasta aquí ya nos han detenido unos seis puestos de control. La situación es la misma: un guardia poco amable mete la cabeza en el carro. A veces pregunta por documentos, a veces no. “Depende del humor que tenga”, me dice Elvira. Parece que no están acostumbrados a saludar.

Luego de pasar Sinamaica y el puente del río Limón, la carretera es asfaltada. Hay peajes con filas inmensas que indican que estamos cerca de ciudades más grandes. Los letreros pueden leerse en español y wayunaiki. Abunda la palabra Goajira, como llaman a esta región del Zulia conectada con nuestra desértica tierra.

Poco más de una hora de viaje y una parada a comer después, una valla con la imagen del alcalde de Maracaibo nos da la bienvenida. Los edificios públicos se erigen enormes, con algún mensaje político y sus nombres en grandes letras legibles. También está prohibido tomarles fotos.

Después de dejar a las profesoras en la Urbe, decidimos acompañar a Elvira a hacer sus compras y ver el movimiento de la ciudad. Maracaibo tiene grandes autopistas, pero no se antoja cosmopolita, moderna. La basura es frecuente en sus calles y los sectores más importantes (parques, grandes avenidas) lucen descuidados. El rostro del fallecido Hugo Chávez es una presencia constante en cada calle, en los carros y los muros. A favor y en contra de él, la política está en todas partes: misiones (conjuntos residenciales entregados a los más pobres), restricciones en los supermercados, controles para la distribución de gasolina. Unos buenos y otros malos, dicen los ciudadanos. Son muy pocos los que hablan abiertamente de una situación concreta en Venezuela. Allí pasa de todo, pero no pasa nada.

La primera parada comercial es en Las Playitas, el mercado popular de Maracaibo: casi dos avenidas repletas de locales, algunos agrupados en edificios, otros en quioscos informales como los que conocemos en Barranquilla y Cartagena. Me

invadió de inmediato el pensamiento de lo mucho que nos une el Caribe no solo en características climáticas, sino en la concepción de nuestras ciudades y la construcción de los espacios.

Elvira buscaba jabón, arroz, productos de aseo. Todo por docenas que al cambio cuestan casi el treinta por ciento de su valor en Colombia. Hay algunos productos más difíciles de encontrar que otros, y lo que no conseguía lo iba añadiendo a una lista para buscarlo en otro lugar. Llevar artículos hasta la frontera no es difícil (y casi todo el mundo lo hace), pero es necesario cuidarse de no cargar demasiado para no llamar la atención. Quienes intenten pasar con algo que sea considerado excesivo “para uso personal” por los puestos de control, no lo logrará sino mediante soborno. Es una conducta que nadie censura, ni siquiera los guardias encargados de las revisiones. Lo que más transportan son enlatados y artículos de aseo, curiosamente los más decomisados por la Policía en Colombia.

Encontrar colombianos en Maracaibo es sencillo. Comprando una gaseosa nos encontramos con Deivis, un cartagenero que vende refrescos en la calle, y más adelante vimos a Alberto, un paisa que tiene un local de gorras. Todos han llegado hasta allí en busca de nuevas oportunidades y se sienten como en casa debido a la semejanza del entorno y la gente venezolana con los suyos.

Los indígenas también llegan a comprar. Con sus mantas recorren el mercado y buscan los puestos de sus hermanos. Hablan en wayunaiki y no sonríen ante las miradas. En esa gran ciudad algunos los ven con agrado, pero otros los miran con desprecio.

Elvira compra lo que encuentra y tomamos un taxi hasta el centro comercial Sambil, el más grande de Maracaibo, donde también hay colombianos trabajando. Las indígenas truecan sus mochilas por bolsos de cuero, pero no abandonan sus mantas. Hay puestos de artesanías guajiros, de esos que elevan al triple el precio de un producto. No los atienden indígenas, por supuesto. Elvira compra zapatos para vender y nos muestra lo baratos que pueden ser artículos como crema dental en comparación con nuestro país. Nos dice, sin embargo, que no compremos mucho porque de regreso los guardias nos complican el viaje.

Los maracuchos hablan con un acento casi igual al de los guajiros. “Veis” y “queréis” son algunas de las palabras que dicen con la misma entonación. También aman el vallenato. Quienes no los conocen, los pueden confundir. Muchos de ellos responden mal a requerimientos como el precio de un producto o una dirección. Para Elvira, los de peor carácter son los conductores de transportes por puestos, pues duplican el precio del pasaje y no quieren llevar a los viajeros que no paguen por adelantado. Los pasajeros piden cancelar el precio en “la raya”, ya sea para garantizar que los lleven a su destino o, como nosotros, para tener oportunidad de cambiar dinero. Este es otro negocio que carece de control: no hay regulación en precios.

Una de las paradas de transporte más populares es La Quinta Avenida, una panadería con un enorme parqueadero. Ahí es necesario negociar el precio: de ida pagamos 250 bolívares y de regreso, 400.

En la parada están Gustavo y Ana con su pequeño hijo. Esperan que alguien

acepte llevarlos. Como al llegar nosotros se completa el cupo de pasajeros, se hace más fácil encontrar a Jimmy, el conductor regordete que resuelve transportarnos.

El viaje de vuelta se siente más corto, según Gustavo por el deseo de llegar pronto a casa. Él está feliz por haber sustentado su tesis de maestría. Su esposa e hijo lo acompañaron y aprovecharon para hacer unas compras que luego venderán en Santa Marta, donde viven. Cremas y productos para el pelo, incluso armaron un viaje para conseguir los artículos de la fiesta de cumpleaños de su hijo. Pero esto tuvo que pasar con “permiso” de los guardias, porque “era demasiado”.

De regreso, la frontera es más ajetreada que en la madrugada. Las filas de carros entrando y saliendo de los países pueden hacer que los trayectos tarden horas de más.

Los letreros no avisan la llegada a territorio colombiano. En la época de los teléfonos inteligentes, los mensajes comienzan a llegar ante el primer vestigio de señal que anuncia que estamos más cerca de casa. Al regreso se realiza un nuevo trámite de sellos y el pago de impuesto de salida de cada uno. Elvira, además, tiene que pagar a un par de guardias para que la dejen pasar su mercancía, de la que sobresalen los paquetes de legumbres enlatadas.

Los wayús no viajan durante el fin de semana. Se van desde el viernes a Maracaibo y los pueblos cercanos para descansar allí y volver el lunes temprano a Colombia. Lo mismo hacen los que viven en Venezuela, pero a la inversa. Es como si tuvieran una casa de descanso. Solo que ellos, según las normas de sus ancestros, consideran que toda esa tierra es suya: no importa donde nazcan o mueran, mientras sea dentro de su legendaria nación indígena.